



# burbujas

cuentos hacia el Reloj del Dom



Instituto Cervantes  
**UTRECHT**

# burbujas

cuentos hacia el Reloj del Dom

## Burbujas

Cuentos hacia el Reloj del Dom.

© El derecho de estos escritos pertenece a sus respectivos autores. No se permite la copia de los mismos sin consultarles previamente.

© Fotografía de la portada: Marlies Van Boekel

Edición: Kristina Goikoetxea Langarika, Manuel Montero.

1ª edición: Octubre 2014

## Prefacio

*Escribir es un oficio que se aprende escribiendo.*

Simone de Beauvoir

La frase suena simple, pero si ha salido de Simone de Beauvoir merece mis respetos. Y es precisamente este oficio para unos, o afición para otros, lo que he sentido que este grupo de alumnos ha realizado durante tres meses de la mano de la profesora Kristina Goikoetxea Langarika.

El simple hecho de querer hacer este curso hace del estudiante un amante de la escritura y de la creatividad. Decidir hacer ese volumen con sus escritos, desvela el interés que tanto profesora como alumnos han volcado por dejar una especie de huella del curso en el Instituto Cervantes de Utrecht, y que nos invitan a participar de un banquete cocinado durante varias sesiones de aprendizaje y libertad. La libertad que justamente te puede dar una pluma, un lápiz, un bolígrafo o cualquier utensilio que te permita esculpir lo que está en tu pensamiento. Libertad negociada entre colegas y profesora durante algunas mañanas del mes. Libertad que tienes para tomarla o dejarla.

Interesantes las palabras de la profesora “escribir, releer y volver a escribir”. Estas acciones ejecutadas por muchos ojos, muchas mentes y más creatividad y llevadas a cabo en un espacio de intercambio, de ideas e ideales, del colectivo y del individuo. Alumnos que comparten una lengua vehicular, pero que arrastran diversos puntos de vista hacia el Reloj del Dom el sábado por la mañana, con el único objetivo de hacer algo tan complicado como la simplicidad de la frase de Simone de Beauvoir: “aprender a escribir escribiendo”.

Solo me queda dar la enhorabuena al grupo y agradecerles por compartir con nosotros sus creaciones.

José Iván Velázquez Rodríguez  
Jefe de Estudios del Instituto Cervantes de Utrecht

## Introducción

Este volumen recoge los textos escritos durante el Taller de Escritura Creativa ofrecido en el Instituto Cervantes de Utrecht entre enero y abril de 2014. ¿Qué tuvo de especial este Taller? Además de ser la primera vez que yo ofrecía mi propio taller en esta institución, la composición del grupo con siete hispanohablantes y seis no hispanohablantes hizo realidad mi sueño de integrar en un mismo grupo a creadores que escriben en su lengua materna y creadores que escriben en su idioma adoptado. A lo largo del curso pudimos corroborar los resultados de la rica experiencia que yo había tenido previamente en la Escuela de Escritores de Utrecht y de la que me serví para diseñar el concepto de un curso de escritura creativa en el que fueran bienvenidos tanto hispanohablantes como no hispanohablantes.

“Lo que más importa es la historia que quieres contar, no el idioma en el que la escribes. Del mismo modo que en la música, lo que más importa es la melodía que inventas y no el instrumento en el que la tocas,” así me respondió el escritor iraní Kader Abdolah en la Escuela de Escritores de Utrecht cuando le comenté que a veces me sentía insegura al escribir en un idioma que no dominaba como mi lengua materna: el neerlandés. “El idioma siempre te lo puede corregir alguien, pero la historia sólo la puedes inventar tú”. A partir de ese día prometí nunca más utilizar el idioma como excusa para no contar mi historia. Una vez abandoné los miedos y las inseguridades, pude dejar que la historia fluyera en este nuevo idioma adoptado por mí. Para mi asombro, escribir en neerlandés me dio un tipo de libertad que hasta el momento desconocía. En el 2007 se publicó mi primera novela, *Evamar*, escrita directamente en neerlandés con la Editorial De Geus. Desde entonces, no he dejado de escribir en esta lengua.

Durante nuestro taller los no hispanohablantes pudieron beneficiarse de los comentarios de sus compañeros hispanohablantes y estos a su vez se enriquecieron de la libertad lingüística con la que sus colegas creadores componían sus escritos en un idioma al que no están apegados. La gran variedad de nacionalidades y trasfondos culturales amplió nuestras perspectivas y, al ser un taller tan íntimo, las grandes diferencias de edad entre todos nosotros nos sirvieron para aprender aún más sobre “aquel otro” con el que en nuestra vida diaria no tenemos un contacto tan obvio.

Y, ¿por qué una publicación? Durante el curso, además de trabajar los aspectos teóricos de la escritura creativa, como por ejemplo los personajes y el punto de vista, sobre todo nos dedicamos a escribir, releer y volver a escribir. A menudo, en los talleres se deja el producto a medio terminar. Nosotros decidimos que queríamos aprovechar esta oportunidad para terminar al menos uno de nuestros relatos. Queríamos vivir toda la experiencia completa. No sólo ese momento en el que uno se pone el sombrero de creador sino también la fase final en la que uno debe ponerse el sombrero de lector y mirar con ojos críticos su propia creación. Somos conscientes de que siempre queda mucho por mejorar cuando uno está empezando a practicar alternando los dos sombreros. Pero estamos orgullosos de habernos atrevido a mostrar nuestra creación a los ojos de lectores desconocidos con esta publicación. Al fin y al cabo, practicar la vulnerabilidad es uno de los aspectos claves del oficio de escritor.

Esperamos que disfruten de nuestros escritos, y que estos les inspiren a tomar papel y bolígrafo para lanzarse a disfrutar del placer de crear como nosotros lo hemos hecho.

Kristina Goikoetxea Langarika

[www.kristinalangarika.com](http://www.kristinalangarika.com)

## Índice

Burbujas.....	7
Las doce del mediodía.....	8
Las setas.....	10
Tocando fondo.....	12
La noche de los bárbaros.....	13
Bea.....	14
Amigos.....	17
Los sellos.....	19
La visita.....	20
Sesiones.....	22
Plenilunio desde la lucidez.....	25
Un paseo por el parque.....	28
Ida y vuelta.....	31
S i n t i (endo).....	34

## Burbujas

CHARO TALAVERA

Llegó el último domingo del mes y como era habitual, tocaba reunirse con la familia en la casa del abuelo. Fue allí y entonces, cuando por primera vez la vi de cerca. Hasta ese día, ella había sido para mí inalcanzable. Mi padre, siguiendo la costumbre de su padre, había desaconsejado su presencia también en nuestra casa y más aún a la hora de las comidas. Su lugar siempre había sido la oficina. Por eso me sorprendió mucho verla en la casa del abuelo, ocupando además un lugar importante en su mesa.

Desconcertado quise buscar aliados e intenté descubrir algún gesto también de asombro en algún miembro de la familia. Pero no tuve éxito. Miré un tanto confundido al abuelo y éste regalándome un guiño me indicó que me sentara a su izquierda, mientras que mi padre, su primogénito, lo hacía a su derecha.

Al abuelo no le gustaba sentarse en la cabecera, lo hacía siempre al centro de la mesa dando la espalda a la cocina y mirando hacia el jardín. Desde ahí podía él divisar a su planta favorita, la hierba luisa.

Mientras toda la familia terminaba de sentarse, yo desde mi sitio no dejaba de quitar a nuestra invitada el ojo de encima. Hasta ese día solo la había visto a través de los avisos publicitarios.

Desde la perspectiva de mis ojos infantiles la veía tentadora, provocadora y fresca. Su envoltura siempre había sido transparente. La primera de una calidad muy dura y pesada que se había cambiado por una más resistible y ligera desde que el abuelo la había hecho famosa a nivel nacional.

Y su color, cómo me atraía su color, ese color con cierto matiz dorado que me hacía pensar en el dios de la cultura autóctona del país que nos había visto nacer.

Hipnotizado seguía contemplándola sin perderme el movimiento de sus burbujas cuando de repente oí al abuelo pedir silencio. Volví a mirar a nuestra invitada y observé como el abuelo levantándose de su silla había conseguido tomarla entre sus manos, llevarla hacia él y con la mirada puesta en ella, empezó a relatarnos lo que ella había significado en su vida y lo inseparables que habían sido hasta entonces en la oficina.

Mirándola con ternura anunció que había llegado el momento de hacerla conocida en el extranjero y que delegaba esa responsabilidad a mi padre. Después de abrazarlo, se dirigió a mí y me dijo:

—Como heredero de tu padre, hoy te harás por primera vez de ella, pruébala, siéntela con los ojos cerrados y graba en la memoria de tu paladar sus huellas porque en algún momento te tocará a ti poner nuestra hierba luisa en una botella.

Mientras trataba de entender sus palabras, comenzó a sonar en la radio el conocido anuncio de nuestra bebida:

—¡Ya es la hora del sabor nacional, es la hora Inca Kola para todo el país! ¡Inca Kola sólo hay una y no se parece a ninguna!

## Las doce del mediodía

ROSA MARÍN

Hacía un día de sol radiante, el 15 de Junio se iba a convertir en una fecha especial en el calendario para el resto de mi vida. Tenía unas vistas privilegiadas sobre el Paseo de Sitges y sus playas. En frente de mí, el mar, de ese color azul intenso y vivo tan característico del Mediterráneo. Detrás de mí la puerta de la Iglesia. Allí esperaba junto a mis padres y los primeros invitados a la que se convertiría en mi esposa.

Todo era idílico pero, a pesar de este perfecto escenario, yo estaba encorsetado en un traje negro con chaqueta de cola, me ahogaba, no sabía si era por la corbata de seda gris que me apretaba de verdad, o solo era un efecto psicológico teniendo en cuenta lo que estaba a punto de hacer.

Se acercaban las doce del mediodía, el sol cada vez calentaba más y las primeras gotas de sudor aparecían sobre mi frente. De vez en cuando giraba mi cabeza para mirar esa puerta de hierro grande y pesada que tendría que cruzar en unos veinte minutos. Se veía solo oscuridad detrás de ella, era una boca gigante preparada para engullirme, rezaba para que una ola gigante me rescatase de allí y me transportase hasta esa hermosa línea del horizonte del mar.

Los invitados no paraban de llegar y saludarme. Nunca había visto tanta vestimenta elegante, brillante y hortera junta en un mismo evento, aunque yo tampoco es que fuese un experto en esto de la imagen y estilos. Señoras con pameles, o con medias ¡con esta calor!, maquillajes compactos, y todo esto mezclado con los transeúntes que se paseaban en bañador, toalla al hombro dirigiéndose a la playa, ¡y yo quería ser uno de ellos!

También los había con buen gusto, como Susana por ejemplo, la mejor amiga de Laura, mi futura mujer. Llevaba un vestido que marcaba una pronunciada figura femenina de la que hasta ahora no me había fijado, cuello de pico que acentuaba un pecho voluminoso y perfecto, y esos los tacones que la hacían andar de una manera muy sexy. Ese día sorprendentemente, dejó colgado en su armario su usual atuendo de hippy medio okupa con el que quería pasar siempre desapercibida que, según mi opinión, era la forma que tenía de esconder sus orígenes de niña bien. Seguro que era la oveja negra de la familia, todas tienen una, de eso yo también sabía. Susana se dirigió hacia a mí con una gran sonrisa, y me impregnó un delicioso olor a perfume. Ese día que se había quitado el disfraz de anti—sistema me dieron ganas de besarla en los labios.

Me sentía confundido. Quería salir corriendo. Se acababan mis días de ligoteo. Las tardes de cervezas con los amigos. Ver el fútbol cada semana en el bar del Xiqui. De repente me hacía mayor vertiginosamente. No sabía cómo todo había ido tan deprisa. Me acababa de dar cuenta de que ni si quiera lo había pensado detenidamente. Solo me había dejado llevar por la idiosincrasia de la vida, por lo que acababan haciendo los demás amigos. Mi cabeza se invadía de dudas.

Apareció un coche de gama alta con cristales ahumados. El chófer salió a abrir la puerta de atrás, y allí estaba Laura, vestida de color crema. El sol hacía destellar los pequeños brillantes cosidos al vestido. Los hombros estaban al descubierto. Su delicado color tostado de piel resaltaba su belleza mientras subía la escalinata del Paseo hacia la Iglesia. Causó un gran revuelo. Todos se giraban a mirarla, la aplaudían, la piropeaban. Yo observaba la escena a cámara lenta, no quería

perder detalle: su forma de subir elegantemente, la brisa moviendo el velo hacia atrás, su cara al descubierto, sus ojos brillando, el rímel marcando sus pestañas largas y negras. Se acercaba hacia mí, le tendí mi mano, nos mirábamos fijamente. Mis piernas ya no temblaban, el sudor se secaba. Sólo podía decir una cosa. Sí quiero.

## Las setas

MARLIES VAN BOEKEL

Luces en la noche, un faro solitario. No hay nadie. La luz de la luna se refleja en el agua. El silencio es completo. De repente se oye a un perro ladrando. Viene de la casa que está al lado del faro. Por la ventana se ve a un viejo pescador con su mujer. Ya viven allí toda su vida. Dos de sus hijos murieron pescando, devorados por las olas enormes de una tempestad inesperada. Sólo les queda una hija que vive en Madrid y que casi nunca les visita. No tienen teléfono, ni televisor, ni ordenador. A pesar de esto se sienten felices. Se levantan cada mañana a las cinco y media y se acuestan a las nueve de la tarde. Preparan su propio pan, cultivan sus propias verduras, tienen diez gallinas y un gallo y también siguen pescando, pero sólo uno o dos peces al día y a veces cogen algunos mariscos de las rocas. Cada día hacen un paseo y no necesitan nada más. Es suficiente.

Un día el viejo pescador toma la mano de su mujer, la mira cariñosamente y dice:

—Siento que no me queda mucho tiempo.

Ella también le mira a él y sus ojos se llenan de lágrimas.

—Entiendo.

Se quedan sentados así hasta que ha desaparecido la última luz del sol y el cuarto se llena lentamente de oscuridad.

—No te quiero dejar sola.

—Yo tampoco.

—Hemos vivido tantos años juntos, somos casi una sola persona.

La anciana se levanta, enciende una vela y dice:

—Me gustaría probar una vez más el sabor de los percebes que solíamos coger en la primavera.

Ve la sonrisa melancólica de su marido y sabe que él también está pensando en sus hijos que fueron arrastrados por una ola enorme cuando estaban pescando los percebes más jugosos que se encontraban en los extremos de las rocas destacándose más al océano.

—Me gustaría combinarlos con las setas que crecen en la sombra debajo del árbol sagrado, dice la anciana apretando la mano de su marido.

Al día siguiente andan juntos uno detrás de otro al borde de las rocas que se extienden al océano. Cerca del faro, en el mismo sitio donde se encuentran las dos solitarias cruces blancas, bajan al mar. Casi no hace viento y el agua está muy en calma. Las rocas negras hacen un contraste nítido contra la espuma blanca del rompiente y a esta hora el agua tiene un color muy gris transparente como plata brillante. Avanzan justo al punto extremo de la roca donde se encuentran los percebes. El hombre empieza a quitarlos de la roca con la cabadoira que ha traído, la mujer mira un momento la forma extraña de pata prehistórica y los pone en un cubo. Tranquilamente vuelven. No había peligro. Esta vez no.

Después andan sin hablar al árbol sagrado, el árbol más grande y antiguo de toda la región. Saben que ya estaba allí en los tiempos de los celtas porque alrededor del árbol se encuentran piedras grandes con petroglifos de serpientes y crudas formas femeninas. Cogen unos manojos

de las setas grandes con sombreros blancos, porque saben de las historias antiguas que estas son muy especiales.

De vuelta en la casa empiezan juntos a preparar la comida. Amasan la masa para hacer un pan integral de campesino, limpian los percebes y las setas, ponen el pan en el horno y esperan en silencio hasta que la casita se llene de los olores deliciosos del pan.

Cuando todo está preparado, se sientan a la mesa y empiezan a comer.

—¡Cómo me gustan los percebes! Hace ya tiempo que los comimos —dice el anciano.

—Hace tiempo...

—Veo las caras jóvenes de nuestros hijos...

—Hace ya tanto tiempo...

La anciana oye como su marido lanza un profundo suspiro. Después de un rato dice:

—¿Qué piensas de las setas?

—Tienen un sabor muy especial... Como el primer día caliente de la primavera —dice la anciana.

—Con un poquito de viento del suroeste —añade su marido.

Han cerrado los ojos para poder degustarlas mejor.

—Puedes oler la sal del océano...

—Y sentir las gotas frescas de las olas en la cara.

—Siento el primer beso que te di. Olías a fresas.

—Y tú a viento y agua.

Abren los ojos, se miran sonriendo, se levantan de la mesa, se tumban en la cama y se quedan hablando bajito de mano en mano durante media hora. Después no se oye nada, sólo el viento y el ruido de las olas.

## Tocando fondo

BELÉN SUÁREZ RODRÍGUEZ

María tiene casi cuarenta y cinco años, veinte kilos de más, cuatro hijos y un gato. Del padre de los niños, ni rastro. Se ha fugado hace más de dos años con una cuñada. Una rubia de bote con tetas de silicona y actitud de colegiala a la que se le ha pasado el arroz. El día en que él se marchó de casa a María le tocó la lotería. Atrás quedaban veinticinco años de malos tratos y cuernos. Aunque ella tardará un tiempo en darse cuenta de eso. Mientras tanto, se dedica a sobrevivir al vacío de su ausencia con vodka.

Hoy, como cada mañana, María se levanta temprano y se va a trabajar al puesto de pollos asados de la calle Rosalía. La jornada transcurre sin contratiempos, despachando pollos a la escasa clientela que se acerca al local. Cierra temprano y se va a casa caminando.

Los pensamientos de María vuelan lejos, en una densa nebulosa de impotencia, culpas y miedos. El único consuelo lo encuentra en los momentos, cada vez más escasos, en que juega con sus hijos. Bueno, en eso y en la petaquita que guarda en el bolso. Entonces logra olvidarse de todo lo malo aunque sea por un rato. Y a veces hasta consigue imaginarse cómo hubiese sido su vida de no haber cometido tantos errores.

Aunque siempre hay algo que la devuelve a la realidad. Como la pareja de tortolitos que se cruza con ella de camino a casa. O como la factura inesperada que se encuentra en el buzón al entrar en el portal. Entonces vuelve a poner los pies en el suelo. Y se da cuenta de que va a la deriva en un barco que se hunde. Siente que se ahoga pero no sabe cómo escapar. Hace rato que se ha rendido. Morir se ha convertido en un deseo inconfesable que ronda su cabeza cada vez con mayor insistencia. Después de todo, tal vez sus hijos estarían mejor sin ella. Es un fracaso como madre y como persona.

El vodka silencia las voces de su cabeza. Es una solución temporal que se ha convertido en costumbre. Por eso esconde una botella en el fondo de la despensa. Y por eso esta noche se bebe lo que queda de la botella mientras prepara la cena. Lo que pasa después es inevitable. El desamparo absoluto mientras siente cómo se hunde en el infierno.

Sus dos hijos pequeños pelean por la consola, saltan por el sofá, se tiran de los pelos. Su hija mayor trata de poner orden mientras el segundo observa la escena desde un rincón de la habitación. El gato maúlla desesperado mientras María lo agarra y lo tira por la ventana del séptimo piso. Un silencio mudo. Coge el atizador de la chimenea y lo levanta en el aire mientras desata su rabia contenida contra el televisor. Un momento decisivo en que sus ojos se encuentran con la mirada aterrorizada de su hijo menor. Y entonces un dolor tan intenso que le parte el cuerpo en dos y la deja sin respiración. El desamparo absoluto mientras siente cómo se hunde en el infierno. El terror, la oscuridad, la certeza de haber tocado fondo. La caja de tranquilizantes que tiene en la mesilla de noche y la botella de vodka que esconde detrás del wáter. Después de eso la nada. Fogonazos inconexos en la memoria. Silencio. Cierra los ojos y se entrega a un sueño que la libera. Por fin.

## La noche de los bárbaros

MANUEL MONTERO

Hemos jugado a ser los hombres-falo en discotecas con paredes acolchadas. Hemos bebido hasta convertir el suelo mullido en una alfombra de cristales rotos. Y nos hemos descalzado. Y la sangre que dejamos en nuestras huellas se mezcla con la orina y los vómitos sobre los que bailamos. Nos han reventado los tímpanos. Vemos bocas moverse sin sacar palabras. Algunas lenguas se mueven. Me disfrazas de chico despeinado. Te saben los dientes a cerveza. Antes de que termine la noche no seremos nadie. Happy ending: *Aunque la noche conmigo no la duermas ya...*

Abandono el lugar.

Hay niebla. La gente va abrigada pero no siento frío. Camino. Brillan las baldosas. Si no llueve se hace que llueva con mangueras. Son tres con abrigos verde fosforito, agarrados a mangueras amarillo jazz night club. Sólo uno de ellos silba. Los otros dos miran el agua chocar contra el asfalto y piensan en que el perro se les ha puesto malo, en que el Athletic ha vuelto a perder, en que la ciudad está cada vez más sucia, en que la vecina les mira a los ojos mientras folla.

En otras ciudades la luna es diferente pero es la misma. Prefiero los vuelos nocturnos. He coincidido con los mismos pasajeros en cada uno de los aviones que he tomado a lo largo de mi vida. Las azafatas también eran las mismas. Si no se hincha el salvavidas puedes soplar por un tubito rojo. Happy ending.

Camino hacia la luna toda la noche. A veces se oculta al otro lado de un rascacielos. Camino deprisa por miedo a perderme un eclipse. Me he cruzado con cuatro borrachos, pero uno de ellos iba sobrio. Me ha preguntado la hora. Las luces se reflejan en todas las ventanas de las torres de cristales ahumados y terminan en su cara. Tiene la piel azul, rojo, verde. Sonríe como sólo un muchacho con el estómago vacío puede hacerlo. Azul, rojo, verde. Piel color neones en un ciclo que sólo terminará al amanecer. Cuando sale el sol también las bailarinas de neón se desfiguran.

He visto una falda atravesar un semáforo en rojo. Tres taxis han frenado su marcha. Camino rápido. Mis botas atravesarían las baldosas. Alguna se retuerce y me escupe el agua acumulada, tal vez, desde hace siglos. Pierde un vuelo, me dice. Siempre es demasiado tarde, me dice esta vez sin mover la boca.

Siempre es demasiado tarde. Miro arriba. Todavía quedan algunos vuelos nocturnos. Ya no hay luna. ~~Su movimiento~~ Nuestro movimiento me ha hecho caminar de vuelta. El portero del garito ha desaparecido. De la puerta sale un humo blanco, denso. Imagino lo que puede estar pasando. Los vómitos y los cristales los empujaron a las profundidades los hombres de verde fosforito. Los bancos tienen esa capa de rocío que todavía huele a vodka. Me fumo un cigarro húmedo. Sonríe con el estómago vacío.

Las heridas de mis pies han cicatrizado. Seguramente algún cristal se haya quedado dentro, limpio y transparente. Coloco una barricada en la entrada y los encierro a todos.

Bea

MAURO REI

Es una tarde calurosa de agosto, de bochorno. Cuando el último paciente del día abandona su despacho, Bea decide que dos de las tres horas que separan su salida del trabajo y su cita con Raúl las pasará sentada frente a la ventana de la sala.

Bea es una mujer joven y sana de 26 años. "Soy demasiado alta", piensa mientras desciende por la boca del metro camino a casa. "¿Qué haría conmigo Johnny Depp, por ejemplo? Por no hablar de Tom Cruise, al que le saco la cabeza, y que además es muy viejo para mí". Pero su estatura no le impide sostener fantasías sexuales con varones más pequeños que ella, que bien lo sé yo. La verdad es que no piensa mucho en diferencias de alturas o larguras.

Cuando entra en su casa —un reducido piso compuesto de dormitorio, sala de estar con cocina y un cuartito de baño—, cuelga el bolso en el perchero y se dirige directamente al retrete.

No sé exactamente por qué ha decidido sentarse durante dos horas, que medirá con el temporizador de su móvil. Ella piensa que será una suerte de meditación.

En el diminuto baño se despoja de los pantalones vaqueros que la enfundan opresores de los pies a la cintura. Con el calor, la humedad del aire y el sudor propio, su roce empezaba a ser desagradable en las pantorrillas y sobretodo en la entrepierna. Se quita las bragas y se sienta en la taza del WC. El sonido de la orina al caer le recuerda que tiene sed. Sin necesidad de incorporarse completamente puede alcanzar el vaso que reposa sobre el lavabo en la pared de enfrente. Abre el grifo y llena el vaso de agua. El cambio de posición de su cuerpo sobre la taza del váter al operar el grifo, origina también un cambio en el sonido de la orina y el lugar en que ésta choca contra las paredes del inodoro. Pequeña alarma. Algo se enciende en algún sitio de su mente y le ofrece una visualización de lo que ocurre debajo de ella (situación bajo control, nada va a salirse de cauce) mientras otra parte de su cerebro lleva a cabo conscientemente la operación de brazo-mano-grifo-agua-vaso-boca con la reaseguradora ayuda del sentido de la vista. Bea disfruta de este juego de coordinación físico—mental.

El agua está tibia y no tiene buen sabor. Deposita de nuevo el vaso medio lleno en el lavabo, rasga dos hojas del rollo de papel higiénico y se enjuga un par de gotas que aún cuelgan indecisas en su vello púbico. "¿Cómo sería si lo afeitase?" La moda de los coños calvos, porque para ella era una moda, no la seduce. Recuerda lo que Raúl le dijo en la cama hace un par de días después de admirar el suyo durante un largo rato: "Bosque oscuro, boca del lobo. ¿Sabes?, el cuento de Caperucita no son las aventuras de una niña ingenua, sino los temores de un pijo que va tan alegre de la vida en busca de una boca desdentada, la abuela, y se encuentra con otra de afilados dientes que al final lo devora. La vida misma". Todavía sonriendo, acaba de desnudarse y se adentra en la ducha.

Algunos dicen que Bea es flaca, entre ellos su madre, la única persona allegada que pronuncia su nombre completo, Beatriz, y que constantemente la insta a que coma más o, más exactamente, a que coma bien. Otros ven en ella una esbeltez andrógina de actriz hollywoodense. Piénsese en las jóvenes Hepburns, Katherine y Audrey, en Gwen Paltrow o en Keira Knightley. Yo simpatizo con el segundo grupo.

El vapor de la ducha ha inundado el cuarto de baño. El espejo sobre el lavabo está empañado con gruesas gotas. El calor tras la cortina que circunda el plato de la ducha, añadido al bochorno estacional, es casi insoportable. Medio cegada por el agua y el vapor, Bea busca a tientas la manija de la ventana —quiere aire— la encuentra, la gira y tira de ella. De la repisa algo cae al suelo empujado por la hoja de la ventana. ¿Una botella de champú? No, es un pequeño tiesto con una raquítica planta seca lo que ha caído. La maceta no se ha roto —es de plástico— pero su oscuro contenido se ha desparramado por el suelo húmedo del baño. Bea reprime un primer impulso de pánico. Entrevé y siente la tierra negra absorbiendo el líquido que se ha escapado de la ducha. Bajo la masa de tierra desparramada y ya saturada, se van formando regatones de agua sobre los que flota un fino polvo. Es lo ¿aparentemente? irreversible del accidente lo que tiende a producir un ligero y doméstico pánico en Bea. Decide atajar inmediatamente la situación. Con las manos desnudas y leve asco, recoge el bulto de la tierra desparramada y la devuelve a la maceta lo mejor que puede. Con una bayeta limpia el exterior del tiesto y recoge el resto de la tierra esparcida en regueros de barro. Aclara la bayeta en el lavabo y vuelve a pasarla por las baldosas aterradas del suelo y repite la operación hasta que no quedan restos perceptibles del humus. "Aunque algo siempre queda, signo de la irreversibilidad del suceso, imperceptible a la vista y real en la inteligencia", piensa Bea filosófica.

Durante el proceso de limpieza se puede admirar su desnudez. Llama la atención su largura. Aún en cuclillas se aprecia la elongación de su torso, que se entronca en el suave ensanche de las caderas tras un exquisito estrechamiento de cintura. El conjunto de su cuerpo es armonioso y Bea se comporta con la gracia de quien se siente completamente en casa en él o que no es consciente en absoluto de habitarlo y por ello no se siente estorbado en sus acciones. Sus pechos, que el primer grupo de opinantes encontraría algo pequeños, parecen estar satisfechos de ser como son, y cuando Bea se mueve no oponen inercia alguna y la acompañan felices en su desplazamiento. El cuerpo de Bea evoca el de una adolescente a punto de estallar en una feminidad triunfante.

Acabado el recogido, Bea lo seca casi mecánicamente. Su mente está en otra parte. Quizá piense en lo diferente que es su historia de la de su último paciente, una mujer chechena víctima de las guerras y victimizada por su marido.

Aún desnuda, Bea sale del baño tras recoger la ropa que se ha quitado y echarla en el cesto de la colada; cruza el estrecho pasillo de una zancada y entra en su habitación; abre el armario ropero y saca de un cajón unas bragas de fresco algodón rosa que se pone inmediatamente. De la ropa que cuelga en el mismo armario, elige un vestido ligero de vivos colores que se abotona por delante. Es de una mezcla de algodón y viscosa que una vez asentado sobre su cuerpo parece que cualquier cambio de lugar sólo podría ser para peor.

Animada por la caricia de la tela, Bea se dirige a la cocina para prepararse una infusión de regaliz. Comprueba que hay agua suficiente en el hervidor eléctrico y lo enciende. Enseguida oye el típico ruido del agua calentándose dentro del aparato. "¿A qué se deberá este chisporroteo? No son burbujas rompiéndose, porque el agua aún no hierve". Levanta la tapa del hervidor, mira dentro y cree haber descubierto la causa del misterioso rumor.

Vierte el agua hirviendo en una taza donde ya ha depositado la bolsita de regaliz molido.

Inexplicablemente para mí, acelera de repente sus movimientos hasta acabar sentándose en la silla de la sala. Yo la sigo y me coloco frente a ella para seguir describiendo su postura, pensamientos, etcétera, como es mi misión; pero antes de que pueda reanudarla, Bea me mira impaciente y me dice: "Ya has pasado de las mil doscientas. Dame lo que te queda en ese saquito que llevas al cuello y déjame ya, por favor". Sin salir de mi asombro, le entrego el saquito que me

pide. En él se hallan casi todos los objetos que Kristina me había encomendado que integrara en un relato de mil doscientas palabras; a saber, un encendedor barato de gas, unas pequeñas tijeras con mango forrado de plástico, una cucharita, un saquito de semillas y un tisú con manchas rojas.

Quiero despedirme de Bea, pero mi querido personaje está soplando distraídamente su humeante infusión y yo he dejado de existir. Con cierta pena, digo un adiós de por dentro.

## Amigos

### JEANNETTE SD VANDENBOSCH

Dora conoció a Jarmila en Ámsterdam en el año 1973 cuando ésta vino desde Checoslovaquia a visitar a una sobrina que era amiga de Dora.

Para Dora, Jarmila era la mujer más bonita que había conocido. Tenía rasgos muy finos, ojos de un azul claro que reflejaban un espíritu muy joven. Jarmila era inteligente y trabajaba en la Universidad Carlos de Praga. Los años en la universidad habían sido lo más felices de su vida. Jarmila además tenía un espíritu creador. De joven había querido estudiar diseño.

Cuando los comunistas-estalinistas llegaron al poder en 1948, Jarmila tenía 23 años. Este nuevo sistema le había cambiado la vida de tal forma que se la había puesto de cabeza. Pero Jarmila tenía un carácter muy fuerte y no se quebrantó.

En Praga, Jarmila vivía con su marido en un apartamento muy bonito de tres habitaciones, algo que le contó a Dora cuando se conocieron en Ámsterdam. Durante esa visita Dora y Jarmila se hicieron muy buenas amigas y quedaron en volver a verse, pero esta vez en Praga.

Meses más tarde, Dora viajó allí para visitarla. Después de varias visitas, Dora se dio cuenta de que Jarmila tenía dos fijaciones. Una era enseñarle a hablar correctamente en checo sin perdonarle ningún error y, la otra, presentarle a un tal Vladimír.

Lo que Dora no sabía era que Jarmila tenía también la intención de casarla con él.

Jarmila le hablaba con frecuencia de Vladimír, describiéndolo como un científico muy inteligente, con trabajo fijo en la Universidad Carlos, que era buen mozo y contaba con casa y coche. Todo ésto, sin importarle que Dora tuviese una pareja en ese momento.

Con el tiempo Dora llegó a hablar checo igual de bien que el periquito de Jarmila. Ambos lo aprendieron sólo a base de repetirlo. Y sobre Vladimír...

\*\*\*

A comienzos de los años 80, estando un día en el Carolinum, una de las facultades de la universidad de Praga, Jarmila le presentó por fin Vladimír a Dora, el hombre que según ella, era el hombre ideal para Dora. Pero Vladimír y Dora tenían otras expectativas. No obstante, congeniaron y surgió entre ellos una gran amistad que fueron alimentando con las continuas visitas de Dora a Praga.

En los años 90, cuando ya era posible que Vladimír saliera del país, durante uno de esos paseos que Dora y Vladimír solían hacer por Praga, éste le comentó a Dora que pensaba hacer un viaje por toda Europa y que le gustaría visitarla en Ámsterdam. A Dora le encantó la idea de poder pasear con su amigo, esta vez en su propio país.

Ya en Ámsterdam, Dora preparó con entusiasmo el programa de lo que harían durante su visita. Irían a museos, le mostraría el mar, pasearían en bicicleta, recorrerían en bote los canales ¡Había tantas cosas por hacer! Todo estaba bien planeado. Lo que no estaba en el plan, era que el día en el que Dora abriera en Ámsterdam la puerta de su casa, se encontraría a dos personas: a Vladimír y a su madre. Es entonces, cuando Dora tuvo que pensar en el comentario que alguna vez le hizo Jarmila:

—Vladimír podrá intentarlo siempre, pero su madre ya se encargará de que no ocurra.

La señora Svátová era conocida en el círculo de amistades de su hijo como una persona dominante y poco tolerante con sus posibles novias. Si era necesario hacer un escándalo, ella lo hacía. Esta vez posiblemente le tocaba a Dora.

—¿Dónde está el baño?— fueron las primeras palabras que Dora escuchó de la madre de Vladimír.

Dora solo atinó a señalarle la puerta con el dedo. No salía aún de su sorpresa. Los pocos minutos que ella quedó a solas con Vladimír no supo decir otra cosa que a ofrecerle algo de beber. Vladimír, sin embargo, no se mostraba sorprendido por todo lo que iba sucediendo. Parecía haberse acostumbrado a los caprichos de su madre y sabía que no tenía sentido contradecirla.

—Para conocer a una persona, hay que ver en qué estado está su baño —dijo de repente la señora Svátová mientras entraba en la sala.

Comentario que volvió a sorprender a Dora. Vladimír notando su sorpresa le hizo a escondidas de la madre un gesto, solicitándole una comprensión al mismo tiempo que dejaba ver su resignación.

Dora viéndose en esa situación tan extraña, quiso empezar ya con su programa y ofreció mostrar toda su casa a sus invitados, como buena costumbre holandesa. Algo que alegró mucho a la madre.

—Nunca he sido tan bien recibida —comentó la madre al final de la ronda.

—Dora, tú eres como yo. Te ganas la vida con tu propio esfuerzo. Una lástima no poder quedarnos más tiempo. Tenemos reservado un avión a Inglaterra. Espero poder recibirte en mi casa.

Dora aceptó automáticamente la invitación.

La primera vez que visitó a la señora Svátová en Praga, descubrió que Vladimír también tenía un padre. Un hombre con una sonrisa un tanto irónica y con muchos gestos de estar ya resignado a la mujer que le había tocado.

A esta primera visita en Senohraby siguieron más. En todas esas ocasiones la madre de Vladimír no dejó de comentarle nunca a Dora que ella era la nuera ideal y a su hijo que ya era hora que le diera nietos. Pero, y ¿Dora? Dora sólo quería a Vladimír como un buen amigo.

## Los sellos

ESTHER GORIS

Los sellos están envueltos con delicadeza en un papelito de colores vivos, guardados en un cajetín de madera. Unas manos pequeñas, entusiastas, bonachonas y desinhibidas los aprietan bien. Necesitan tinta.

El niño cumplirá pronto sus cuatro años. Le gusta todo lo que tiene que ver con el transporte. También goza de todo lo que tiene que ver con la música.

Observa el regalo con sus ojos brillantes mientras lo manosea y empieza a romper un poco su envoltorio. Pregunta a su lado a ver si puede. Sí puede abrirlo. Intenta arrancar el papel cuanto antes. No conoce el motivo para no hacerlo. Sobre una hoja que cubre la mesa abre el cajetín, y en cuanto le es medianamente posible, saca todos los sellos de letras sobre la hoja. Así los extiende. Los moja con tinta y empieza a jugar. [...].

Como escritor anciano me mudé a este lugar ubicado en el lago. Por las noches no podía conciliar el sueño por la música que oía desde el otro lado del lago. Una noche me decidí a ir a echar una ojeada. Quería enterarme de la razón de tal fiesta desbordante.

Me acerqué a la puerta enorme que de inmediato me dio paso. Seguí por la subida hacia una mansión que me parecía un castillo. Me planté en este lugar sin que nadie se diese cuenta de mi presencia. Anduve despacio, controlado, observándoles: una mujer con una copa en la mano izquierda dio unas carcajadas mientras se movía al ritmo de la música, intentando captar así la atención de su acompañante. Pasé cerca de otros que llevaban ropa como si estuviesen en un carnaval. No estaban disfrazados de payaso, aunque vi algunas narices rojas y caras blancas, zapatos y pantalones de muchos colores diferentes.

Este señor debe vivir a todo tren, pensé. Pues el mito que le rodeaba contaba que el dueño de esta mansión podía dar una fiesta cada noche sin ser el foco de atención de todos los presentes.

Llegué al final del salón y ahí surgió una inmensa escalera frente a mí. Bajé los escalones hasta llegar a una piscina rodeada de gente. Pasé entre ellos. Silencio dentro de mí por toda la fascinación que sentía. Había fuegos artificiales que me impidieron oír las voces a mi alrededor. Por todas partes había gente con el mismo aspecto, muchos hombres se habían disfrazado de mujeres. ¡Impresionantes! Llevaban vestidos fabulosos y tacones altos.

Vi a una dama y sentí escalofríos. Mi madre se murió cuando era niño. Ineludible. Algunos años después empecé a soñar. Soñé con ella. Y ahora veía a mi madre de pie ahí, delante de mí. Sin pensar en hablar con ella, me di media vuelta. Al cabo de un rato subí y crucé el salón. Miré pero no vi nada o nadie. Subí la gran escalera de caracol en el medio del salón. Sabía que tenía que abrir la segunda puerta a la derecha. Me palpitaba el corazón al pensarlo. No había nadie, silencio. Conté como daba cinco pasos y abrí el cajón de la mesilla. El cajetín, mí cajetín con los sellos de letras que me enseñaron a empezar a escribir.

## La visita

### HETTY VAN BUIJTENEN VAN DEN HEUVEL

Hoy es un día soleado. Irene mira hacia afuera. Las rayas de sol detectan implacablemente que los cristales de su ventana necesitan un lavado. Bah, hay cosas más importantes en la vida, piensa en voz alta. El sábado será mi día de los lavados: ropa, casa, pelo, y, quizás, quizás, hasta un lavado de cerebro, que a veces buena falta me hace. Hoy se siente optimista pero ayer todavía estaba pensando en lo que le había pasado el domingo pasado. Su ex novio, Michael, se había presentado inesperadamente en su puerta pidiendo entrada. Tras un momento de vacilación le había dejado pasar a la sala y le había ofrecido una silla. El joven estaba aparentemente nervioso y estaba claro que había venido a decir algo. Pero ¿qué más necesitaba oír ella si ya todo estaba dicho? Por un momento pensó que había venido para pedir excusas y suplicarle que por favor continuaran la relación como si no hubiese pasado nada. Pero no, sería absurdo.

—Mira Irene, sé que todo ya está dicho entre nosotros después de haber terminado nuestra relación y que no necesitamos repetir nuestros argumentos, podemos comportarnos como buenos amigos de confianza. Te quiero pedir un favor.

Michael se levantó y se dirigió hacia la ventana.

—¿Tan pronto has vuelto a lo que tú llamas normalidad? ¿Como si fuera cuestión de apagar tu ordenador después de borrar las cartas sentimentales?

—Por favor, Irene, sé un poco realista —dijo girándose bruscamente. El mundo es así, la vida continúa. Acepta la nueva realidad de tu vida sentimental.

Sí, precisamente la falta de vida sentimental, la soledad, el desierto en que me has metido, tu eterno “El Mundo es Así” como si fueras un Pío Baroja, pensó Irene frenando la corriente de palabras que deseaba salir de su boca.

—Es para mi hermana Elsy.

—¿Elsy?

—El casero, o, mejor dicho, el sinvergüenza especulador de la inmobiliaria, ha vendido de pronto la casa donde vivían Elsy con otros 5 estudiantes más. Los ha plantado a todos a la calle de un día para otro. Está buscando urgentemente una habitación aunque sea pequeña. Pensé que como tú tienes dos habitaciones vacías, mi hermana podría vivir allí mientras busca otra casa.

—Eres lo bastante arrogante como para pensar que todavía tienes crédito conmigo. Por el momento, lo único que quiero es borrarte de mi pantalla.

Michael se marchó sin despedirse. Indignado. Irene se quedó atrás en ira y desconcierto.

\*\*\*

Ahora que han pasado algunos días desde que ocurrió todo aquello, parece que se siente más serena y bien preparada para ir a su trabajo. Hoy visita a la madre de una chica joven que se autolesionó con unas tijeras. Pertenece a una de esas familias que viven en la parte más deprimida de la ciudad en casa pequeñas, mal mantenidas, mal aisladas, con la pintura desconchada y con un pequeño jardín que parece servir más de trastero que de adorno verde.

No se ve ni una planta, ni un arbusto, ni un solo árbol. El pedazo de terreno está cubierto de lozas grisáceas. Un cascajo de bicicleta, una tina de zinc, algunos ladrillos sobrepuestos y un gnomo de jardín que ha perdido todo su color y al que le faltan la nariz y la mano derecha. Está tumbado, mutilado e indefenso, como una víctima de guerra.

Llama a la puerta y le abre la madre de la chica. Entra en una sala pequeña con las cortinas medio abiertas, como una bandera a media asta. En un rincón hay una jaula con un viejo canario que parece cantar su último repertorio. La mesa es redonda y sobre ella hay un tiesto con una planta de plástico, unas tijeras y un pañuelo cubierto de sangre. Sí, es sangre, observa Irene, aunque a primera vista le habían parecido manchas de un pintalabios que también está sobre esa mesa.

—Siéntese, por favor —dice la madre.

—Gracias señora —contesta Irene—. Cuénteme lo que ha pasado.

—Ultimamente no está bien. Desde que mi marido nos abandonó no hace más que retarme por cualquier cosa. Tiene quince años, ya sabe, pero ayer me quitó las tijeras de costura y empezó a pincharse los brazos. Salió gritando de casa y hasta ahora no ha vuelto.

—¿Ha intentado hablar con alguna de sus amigas?

—No. Lo mejor sería que fuera temporalmente a una casa de acogida.

—El procedimiento es largo. Lo principal es localizarla.

—No puedo más.

—Si se califica como situación de emergencia, tal vez se le puede encontrar algo rápido.

—Se lo agradecería.

—Haré todo lo posible. No se preocupe.

Irene saca del bolso una tarjeta de visita con su nombre y el de la organización. La mujer acaricia el papel.

—Dicen que Irene significa Paz. Ojalá usted la traiga a esta casa.

Sí, esa parece la misión de mi vida, piensa Irene.

Las dos mujeres se despiden e Irene vuelve a casa. En su contestador automático hay varios mensajes, el último es de Elsy:

Oye, Irene, soy Elsy. Acabo de enterarme de que mi hermano te ha molestado con mi historia. No pienses que yo le he pedido que me saques del apuro. Tú sabes mejor que nadie que él se cree un héroe en resolver problemas. No te preocupes. Ya encontraré algo. Un beso.

Irene pulsa la tecla de rellamada. Otra vez un contestador automático:

—Elsy, soy Irene. Tu hermano puede irse a la mierda. Vente a mi casa hasta que encuentres algo. Hablamos. Ciao.

## Sesiones

LYDIA KRUL

Cuando llegamos a la calle Koningstraat, Rom aparcó su bicicleta enfrente del café La Pien Noir, un bar en Haarlem donde lo principal es la música y donde todos los miércoles y domingos se organizan jam sessions<sup>1</sup>. Yo no había estado nunca, pero sí había oído hablar del local. Desde fuera se oía la música de una banda actuando. A través de las ventanas empañadas se veía que el bar estaba lleno de gente. Sentí algo de angustia, pero logré tranquilizarme con la idea de que aún no me había comprometido a nada; sólo íbamos a echar un vistazo después de haber estado en la clase de canto con Rom. Además, sabía que mi hermano estaba allí dentro con otros dos amigos. Eché un suspiro y entramos en el local.

La Pien Noir no es muy grande, pero estaba abarrotada de gente desde la entrada hasta el mismo podio, donde un grupo estaba tocando una canción de Ray Charles llamada, “You Be My Baby”. Y lo estaba haciendo de maravilla. En el extremo más próximo de la barra vimos a Michael Prins, un cantante que se había hecho famoso en todo el país tras ganar un concurso de cantautores en la televisión holandesa el año anterior. La Pien Noir es uno de los bares en Haarlem donde muchos cantantes y bandas conocidos habían comenzado sus carreras musicales.

Seguimos andando hasta encontrar a mi hermano y a los otros amigos en el centro del local.

—¡Hermanita! ¿Qué tal te fue la clase de canto? ¿Vas a actuar luego? ¡Hemos venido para aplaudirte! —me dijo mi hermano entusiasmado.

—Muy guay, Pablo. Pero no sé, ya ve...

—¡Hola Lydia! — me saludaron Mark y Rick—, ¿qué? ¿Vas a cantar?

—Bueno, chicos, he venido sólo a echar un vistazo, ¿vale? Ya veremos si me atrevo. ¿Habéis visto la cantidad de gente que hay?

“¡Madre mía!” pensé. Me sentí un poco agobiada.

Mi hermano me trajo una cerveza, aunque realmente lo que me apetecía era una Coca Cola. Empecé a hablarles de la clase de canto con Rom.

Rom estaba al fondo al lado del escenario hablando con uno de los músicos. Me hizo señas de que me acercara. Fui andando en su dirección.

—Luego te toca a ti, Lydia. Después de la siguiente actuación vamos a tocar la canción de Amy Winehouse, tú, yo, y los chicos nos seguirán —me dijo. Luego levantó su vaso de ginebra y haciendo el gesto de brindar, me sonrió y se dio media vuelta.

Lo primero que se me ocurrió fue salir corriendo como un ciervo asustado; pero en lugar de eso, fui a buscar a mi hermano para contarle lo que me había dicho Rom.

—¿Que hago Pablo? ¿Canto?—le pregunté—. ¡Sí que quiero; pero no sé si estoy preparada para cantar hoy! ¿Qué pasa si se me olvida la letra? ¡Estoy que me muero de nervios!

—¡Claro que vas a cantar, hermanita; no te preocupes! —me dijo sonriendo—. ¡Que guay! ¡Vas a estar estupenda! Ya verás.

Por lo visto Rom confiaba en mí. Además, pensé que era una prueba suya para ver si yo tenía suficiente coraje como para quedarme y hacer lo que más me gusta, pero ahora frente a un

---

<sup>1</sup> Encuentro informal de improvisación musical.

público. Solté otro suspiro. Al fondo se oía a un hombre presentando la siguiente actuación, la de Michael. La gente aplaudía y silbaba.

—Pablo, necesito ir al baño.

—No te preocupes, cariño —.Me tomó de la mano y me acompañó hasta el fondo del bar donde estaban los servicios. Pasamos por delante del escenario donde poco después yo iba me pondría frente al micrófono. ¡Y frente al público! Aún más nerviosa que antes, entré en el baño y cerré la puerta. Apoyada contra la pared, empecé a meditar. Me acordé de un consejo que había leído en una revista de psicología. «Hay que imaginarse que la gente en el público esta desnuda». Respiré profundamente por la nariz y conseguí relajarme un poco. La música que estaban tocando al otro lado de la puerta sonaba fenomenal. Salí del baño y me encontré con mi hermano, que me estaba esperando.

—Venga, vamos a quedarnos aquí mismo; así ya estarás cerquita.

Rom estaba tocando un solo súperguay con el saxófono y el público lo estaba disfrutando. Volví a sentir nervios. Temía decepcionar al público, pero sobre todo no quería decepcionar a los músicos y a Rom. Tocaron otras tres canciones y entonces fue cuando llegó el momento.

Rom guardó su saxófono en el estuche y se sentó al piano. Me indicó que ya me podía poner en posición. Con un gusanillo royéndome el estómago, me acerque al micrófono. La mayoría de las personas que se hallaban en el local seguían con sus conversaciones, pero algunas de ellas prestaron atención a la nueva cara sobre el podio. Rom instruyó brevemente a los músicos sobre el ritmo y los acordes de la canción que íbamos a tocar. Cuando todos estuvieron listos, Rom empezó a tocar la intro al piano.

Intenté concentrarme inhalando profundamente por la nariz, respirando por la boca y empecé a cantar la primera estrofa. Empecé bien, pero algo me estaba molestando el pie; estaba pisando el cable del micrófono. “Sigue, Lydia, no te distraigas”, me ordené a mí misma.

Logré volver a concentrarme en la canción, pero antes de que me diera cuenta había vuelto a cantar la primera estrofa. “¡Vaya!”, me dije frustrada.

Decidí acabar la estrofa y seguir con la segunda después del estribillo, pero cuando terminó el estribillo no me acordaba de la letra y repetí la primera estrofa, por tercera vez. “¡Dios mío, qué horror!”, pensé un tanto alarmada.

Miré al público y tuve que concluir que no era capaz de imaginar a nadie desnudo. ¡La única que podía imaginarme en pelotas era a mí misma! Una mujer en la primera fila del público me sonrió; pero no estaba segura de si era que se estaba riendo de mí o compadeciéndome.

Llegamos al estribillo otra vez. Yo estaba pensando en cantar después la última estrofa para acabar ya con esta situación que me parecía ridícula; pero, ¿cómo no?, llegado el momento sólo me salió la letra de la segunda estrofa. “¡Esto no va acabar nunca!”, pensé. Sentí que enrojecía, pero continué cantando. Finalmente llegamos a la parte instrumental. “Menos mal, por fin esto se acaba”, me dije aliviada, aunque también pensé que había soltado algunas notas desafinadas. Uno de los músicos tocó un solo con la trompeta e intenté disfrutar la parte. Se terminó la canción. “¡Puff..., menos mal!”, me dije.

De repente, el público empezó a aplaudir, a silbar, ¡a gritar!

—¡Otra! ¡Otra! Otra!

Me volví hacia Rom.

—¿Qué te parece? ¿Te apetece cantar otra?—, me preguntó.

Yo estaba todavía boquiabierta, y tan pasmada que me costó un rato entender lo que me decía.

—Eh... Bueno... Vale —le contesté finalmente—. ¿Qué te parece "I Can't Make You Love Me", de Bonnie Raitt?

Me sonrió asintiendo y empezó la intro.

Yo me volví de nuevo hacia el micrófono. Cerré los ojos, inhalé por la nariz, respiré por la boca y empecé a cantar.

—*Turn down the lights, turn down the bed, turn down these voices inside my head...*

Cuando los volví a abrir, volví a ser consciente de que estaba ante un público. Pero esta vez me di cuenta de que nadie hablaba; todos escuchaban atentos la canción. Finalmente, también yo empecé a disfrutar. Los nervios habían desaparecido casi del todo. Miré a mi izquierda, donde estaba mi hermano, que me miraba emocionado y con una hermosa sonrisa en la cara. Sus ojos brillaban de alegría y de orgullo.

JOSÉ CARLOS GIL ARAÚJO

Otra vez estoy teniendo esa sensación simultánea de desubicación y conexión. Desde que conocí a esa chica en una playa del Caribe mexicano y pasamos juntos esa noche tan inolvidable, supe que mi relación con los astros cobraba cierto sentido por primera vez en mi vida. Siempre pensé que los signos del zodiaco eran una engañifa de revistas y periódicos que gente de poco intelecto se llegaba a creer. Pero primero llegó ese libro a mis manos viajando por Islandia. Un sacerdote americano escribiendo una teoría asombrosa sobre la relación entre la alquimia, el universo y los cuatro evangelios. Y luego apareció Atenas en esa madrugada tan única, mostrándome y dando nombre a todas las numerosas constelaciones que esa noche de luna nueva permitía divisar y las influencias que sabía que cada una estaba teniendo sobre ella en ese preciso instante. Sobre la arena blanca y sin un solo ser humano a nuestro alrededor, me preguntó un par de detalles sobre mi nacimiento y con ello fue capaz de explicarme el momento cósmico en el que me encontraba en esa temporada de mi vida. Tenía tanto sentido que una de mis lágrimas alcanzó su cara apoyada sobre mi pecho. Me dijo que entendía lo que yo estaba sintiendo en aquellos momentos porque ella experimentó algo similar unos pocos años atrás cuando una señal en su camino le abrió las puertas a esta espiritualidad milenaria.

«La comunión con el cosmos es una manera inefable de alcanzar lo divino», me dijo al oído. «No la única, pero neta, una que el hombre siempre ha sabido que existe, aunque la cultura occidental gringa nos la intente tapar con su materialismo deshumanizador».

Desde entonces no hay una noche que no mire al cielo estrellado y, si lo encuentro en un momento de relativa calma, intento buscar a Orión, o al menos a su cinturón cuando estoy en zona urbana, e incluso sus extremidades y su arco si las condiciones luminosas lo permiten. No tiene por qué estar ahí siempre, ya que las constelaciones se mueven constantemente, pero la gran mayoría de las veces que el cielo no se cubre de nubes y me da por mirar, aparecen ante mí esas tres estrellas. Sé que algo me quiere revelar el universo con tal signo. Ante ello, un presentimiento dentro de mí me dice que la misión de mi vida terrenal pasa por descubrir su significado.

Pero ahora mismo Orión no está en mi campo de visión. Me encuentro junto al mar y, aunque el entorno me resulta familiar, no tengo muy claro dónde estoy ni cómo he llegado aquí. La noche es cerrada. El susurro de las olas del mar y el olor a puerto inunda mis sentidos. Creo que estoy solo. Lo compruebo dando una vuelta entera y ciertamente no hay nadie cerca. La luna llena regala tanta luz que se puede ver perfectamente todo lo que hay a mi alrededor: a unos metros tengo unas rocas oscuras en las que se chocan unas olas de un blanco azulado por el brillo incesante. A lo lejos se divisa un local cerca de la orilla. Parece un chiringuito del Mediterráneo o una palapa caribeña que no ha recibido visitantes en una buena temporada. Siguiendo esa dirección, hay un faro con una luz parpadeante. ¿Parpadeante? ¿Los faros normalmente parpadean? La verdad que nunca me lo había planteado, pero ahora mismo me parece una cosa un tanto extraña. Y a todo esto, ¿por qué he llegado allí? Intento recordar lo que he hecho antes, pero no tengo ni idea... Sí, sin duda, me ha vuelto esa sensación. No estoy ebrio, lo que podía ser una explicación lógica al desorden de ideas que tengo, pero no, no es el caso... Lo único que noto en mí es esa percepción extraña de falta de referencias circunstanciales que me resulta tan familiar

pero que a la vez se me hace difícil definir. Con tanto viaje, a menudo me pasa que me levanto por las mañanas y me lleva un rato saber en qué lugar estoy, en qué habitación y cama me estoy despertando. La verdad es que en muchas ocasiones, cuando me sucede esto, intento poner mi mente en blanco y olvidarme de dónde estoy para disfrutar de ese dulce momento de incertidumbre de aquellos que no tienen una casa, sino muchas aventuras y caminos foráneos por recorrer. Pero esta vez es diferente. Ese momento de olvido espacio-temporal me dura, por lo general, unos instantes y viene dado por el cambio físico que se produce entre el estado de sueño y la incorporación a la vida real. Lo que estoy viviendo me recuerda a esa fase, pero no entiendo por qué estoy relacionando este paraíso marítimo al que he llegado sin saber cómo, con esos momentos que me despierto sin conocer mi paradero. Una cosa es segura: me encuentro extrañamente feliz a pesar de estar perdido y, al igual que en aquellos instantes atemporales, parece que no me importa no saber dónde estoy.

Miro al cielo y ahí sigue la luna llena. Bueno, ahora que la miro de nuevo no es luna llena del todo. Posiblemente lo fue ayer o hace dos días, aunque juraría que cuando la miré antes estaba en su máxima plenitud. Busco a Orión y sigue sin aparecer: es increíble lo bien que se ven las estrellas: ¡Guau! ¡Me doy cuenta de que me estoy perdiendo un espectáculo cósmico de primera magnitud! Se ven millones... billones de estrellas y hasta un cierto polvito cósmico por todo el firmamento. Me tumbo en la arena y me acuerdo de Atenas y nuestra noche en el Caribe mesoamericano. Me quedo totalmente abstraído ante el infinito universo que hay ante mis ojos... ¡Una estrella cadente! ¡Cavolo, dai, esprimi un desiderio! Me viene a la mente esa estrella fugaz que vi con Samira en sus Islas Eólicas del mar Tirreno y pido al Señor que vuelva a verla y a sentirla, al menos una vez en esta vida. Sigue el espectáculo y veo que hay ciertas estrellas que se mueven lentamente —esto sin duda sigue siendo algo fuera de lo normal— y hay una que se ha vuelto roja... ¿Será Marte? Siempre lo han llamado el planeta rojo, pero ahora me entero de que se puede ver rojo desde la tierra con el ojo humano. ¿Y esas luces de detrás de las rocas? No me puedo creer que sean... ¿lo son...? ¡Sí! ¡Son auroras boreales, claro que lo son! ¡Esto tengo que compartirlo con alguien! Miro en los bolsillos con toda mi emoción, pero no tengo mi teléfono... Espero no haberlo perdido. Pero a ver: vamos a razonar todo esto... La luna era llena hace un rato y ahora no lo es... Cuando la luna es llena, las estrellas no se ven tan luminosas como cuando es luna nueva y además se están moviendo demasiado... ¿Y ese faro intermitente? ¡Ahora está apagado! Y, ¿cómo puede ser que esté viendo auroras boreales y no tenga frío? Ahora que lo pienso sí que tengo los pies helados y las manos ligeramente, aunque la temperatura del ambiente es agradable. En Islandia seguro que no estoy... Espera, ¿puede ser que esté soñando? La situación es especial, no cabe duda, pero todo a mi alrededor es muy real: la arena está húmeda, mis pies están fríos, el olor a mar sigue entrando en mis pulmones y su brisa sigue poniendo una banda sonora perfecta a toda la escena.

Me viene a la mente lo que me contó aquel americano que conocí en Polonia sobre la lucidez en los sueños: las experiencias más extraordinarias que había tenido últimamente en su vida no se habían dado recorriéndose Europa ni Asia con una mochila, sino desde sus propios sueños. Esto se consigue en el momento que eres consciente de que estás soñando dentro de un sueño, algo que me resultó familiar cuando me lo explicó, pero que al mismo tiempo no recordaba haberlo experimentado nunca.

«En el momento que dentro de un sueño te dé la impresión de que estás soñando, lo que tienes que hacer es un *reality check*: el que todo el mundo conoce es pellizcarse a uno mismo para ver si se siente dolor, pero por mi propia experiencia te aseguro que no siempre funciona. La

manera de comprobarlo a ciencia cierta es buscando una lámpara que tengas cerca. En los sueños, los interruptores nunca funcionan. Créeme. Y si funcionan, hacen cosas extrañas que no responden a la realidad».

Pues pocas lámparas veo yo en esta playa... Podría ir al chiringuito-palapa abandonado, pero la verdad es que no me da un buen augurio. Sea un sueño o sea realidad, lo que estoy viviendo es demasiado agradable como para meterme en un lugar como ese, tan tétrico como parece. Y si es un sueño, no quiero convertirlo conscientemente en una pesadilla. Lo única posibilidad que veo es el faro, que, de hecho, sigue sin iluminar, ni con un haz continuo ni intermitente como la de antes. Voy corriendo por la orilla mirando las estrellas con la excitación de realizar la prueba que puede llevarme a vivir mi primer sueño lúcido.

La puerta del faro está abierta. El chirrío al abrirla da lugar a un murmullo que proviene del piso superior: al parecer se escucha una televisión o una radio. Doy un par de golpes en la base metálica del apoyabrazos de la escalera y pregunto en voz alta: «¿Hay alguien allí?». Ninguna respuesta... Cada vez me convenzo más de que esto tiene que ser una experiencia onírica y ni siquiera me produce el más mínimo atisbo de miedo la situación de meterme en un faro de un lugar del mundo que ni sé dónde se encuentra ni al que sé cómo he llegado. Subo las escaleras y alcanzo la parte superior. Lo que suena es una radio. Me acerco y escucho la emisora. ¿Está en árabe? Ni idea; la verdad que es un idioma que no reconozco. Intento cambiar la sintonía, pero no cambia nada. La voz del interlocutor sigue ahí. Intento bajar el volumen, pero el mando tampoco funciona... ¿Será que está rota o puede que sea una evidencia de que estoy soñando? Me doy la vuelta y veo detrás de mí la bombilla más grande que jamás he visto. Nunca pensé que las bombillas de los faros fuesen exactamente igual que las bombillas normales pero gigantescas. En su base, tiene un botón rojo muy grande y unas letras en inglés que dicen PUSH. Bueno, creo que esta es la prueba definitiva: si se enciende, querrá decir que estoy despierto en la vida real y, si no se enciende, tengo la prueba fehaciente que me dijo el americano de que estoy dormido y podré empezar a vivir mi sueño de manera consciente: con la mente en plenas facultades, pero inmersa en el mundo mágico de los sueños.

Intento pulsar. No lo logro. Aprieto más y sí parece que desciende un poco, pero no llega a hacerlo del todo. Da la impresión de que hace siglos que nadie ha apretado ese botón. Insisto. Nada. Me desespero y acabo dando un puñetazo con todas mis fuerzas. ¡Ah! Me he lastimado, y mucho. De hecho, algunos nudillos me han quebrado la piel. ¡Qué daño! El dolor es intenso y se extiende por todo mi cuerpo, pero, gracias al golpe, un zumbido estridente da paso a una chispa que repentinamente se está encendiendo en el interior de la bombilla. Poco a poco se convierte en una luz blanca infinita que acaba por cegarme totalmente. Solo veo esa luz extremadamente brillante que me inunda la vista y empiezo a escuchar un pitido constante e intermitente: *pi, pi, pi...* Hay voces a mi alrededor que no entiendo. Siento dolor por todas partes. Empiezo a parpadear y surgen unas manchas en la luz blanca. Las voces empiezan a ser más claras y se distinguen la de unos niños y una mujer de mediana edad que llego a reconocer: «¡Está despertando! ¡El abuelo está vivo! ¡Gracias, Dios mío! ¡Abuelo, abuelo...!»

## Un paseo por el parque

LESTON BUELL

¡Qué maravilla era ser joven y bonita, nadando y nadando en libertad! ¡Qué clara era el agua! ¡Qué divinamente fresca y salada! Y todos esos peces de vistosos colores con los que se cruzaba se detenían un momento para admirar su belleza, los más audaces entre ellos incluso atreviéndose a echarle algún piropo. Acostumbrada a ese tipo de atención Beti no les hacía nunca caso. La ballena adolescente seguía nadando hasta encontrarse completamente sola. Ningún pececito, ninguna medusa, ningún crustáceo que pudiera molestarla mientras contemplaba la tenue luz del sol que se filtraba en el mar. ¿Pero estaría sola de verdad? De pronto, ahí en el fondo, entrevió el perfil de un exquisito individuo masculino de su propia especie. Contrariamente a las demás ballenas tenía una melena rubia. Ahora se le estaba acercando, y de alguna manera Beti sabía que se llamaba Rob. El corazón de Beti empezaba a latir cada vez más rápido.

—Beatriz —dijo la voz baja y melosa del varón, cuando ya estaba enfrente de ella—, siempre he estado obligado a admirarte de lejos, y por fin, por fin puedo mirarte de cerca, dueña de mi corazón.

—¿Rob? ¿Yo?—murmuró boquiabierta, sin creer lo que estaba oyendo.

—Mi querida Beatriz—continuó—, no he cesado de pensar en ti desde la primera vez que te vi. Tengo algo que confesarte, estoy enamo...

Pero de repente algo quebró bruscamente su dulce sueño. ¡Picpicpic... picpicpic! Unos pájaros picoteaban airadamente en el cristal de su dormitorio, despertándola contra su voluntad. ¿Pero qué pasaba con esos malditos bichos? ¡Tactactac... TAC! ¿Y por qué precisamente un sábado? Miró el despertador en su mesilla de noche: las nueve y cuarto. Los pájaros no cesaban de formar un irritante alboroto. Todo del mundo onírico que rodeaba a Beti hacía unos pocos segundos se había esfumado. Todo menos un detalle: porque aún despierta y aún en tierra firme, para bien o para mal, Beti seguía siendo ballena.

Furiosa, la joven se incorporó, recogió un zapato del suelo y lo lanzó con toda su fuerza hacia la ventana.

— ¡Pájaros de mierda! —gritó, espantando a las bestias.

Menos mal, se dijo finalmente, ya que tenía que prepararse para su «paseo» por el Oosterpark a las diez y media.

El día anterior había visto por primera vez los anuncios, colgados en el muro en el colegio, en que la Asociación Planeta Vivo invitaba a los alumnos a participar en el censo anual de las abejas a las 10:30 en punto en el parque Oosterpark. ¡Maldito club ambientalista! Si había una clase de gente a la que odiaba era a los ambientalistas. Para Beti, este grupo representaba el obstáculo principal para el progreso en el mundo —unos sabelotodos, egoístas, obstruccionistas. ¿Acaso existía un gran proyecto industrial o de obras públicas al que no se hubieran opuesto? Que una ballena de quince años —hija de una buena familia, lista y de buen parecer— haya adoptado tal actitud les parecerá extraño. Y para comprenderlo tendrían que conocer el gran trauma que experimentó cuando, tres años atrás, su padre aceptó un puesto como biólogo marino en el ministerio holandés del medio ambiente, forzando a la pequeña familia acuática a abandonar el paraíso marino donde vivía e instalarse en ese país tan lejano, tan distinto y (para un cetáceo)

tan seco. La adolescente desarraigada contra su voluntad nunca llegaría a encajar en esa sociedad humana, a hacer amigos, a ser aceptada. Y por lo tanto había escogido la senda de la rebeldía para hacerse valer —contra la sociedad, contra sus compañeros de clase y sobre todo contra sus padres y sus malditos principios e ideales. Y ahora había esa acción ambientalista en el Oosterpark. ¿Por qué no? Haría buen tiempo y Beti tenía muchas ganas de ir a hostigar a sus compañeros de clase y a protestar contra su pretendido amor por la naturaleza.

La noche anterior después de la cena la pequeña rebelde se había retirado a su dormitorio para preparar sus pancartas. Al activista promedio una sola le habría sido suficiente, pero Beti llevaría dos y estaba además muy contenta de los eslóganes que había ideado para la ocasión, especialmente la que llevaría bajo la aleta izquierda: «¿Menos insectos? ¡Menos mall!»

Beti se dirigió a su armario y seleccionó un vestido apropiado para la ocasión, lindo, femenino, con tirantes en los hombros y volantes en el escote. Se maquilló con un poquito de colorete en las mejillas y de carmín en los labios. Se sentó sobre las sábanas color de rosa que cubrían su cama de columnas. Cuando se había puesto el zapato que quedaba allí en el suelo se levantó para recoger el otro que había tirado al otro lado de la habitación en su primera salva contra la salvaje naturaleza, y mientras se lo ponía echó un vistazo al árbol de enfrente a través de la ventana. Se asustó de una ardilla que le miraba a los ojos y le chillaba con furia. ¡Qué escalofrío le dio! Pero Beti no se dejaba sacar de quicio. Tomó su bolso y las pancartas y dejó su alcoba lo más silenciosamente posible para que nadie se fijara en ella. Salió a la calle y se dirigió hacia la parada del autobús, ahuyentando con sus pancartas a los tábanos que parecían querer impedir su intento. Subió al número 22 y ya eran las 10:40 cuando bajó en el Muiderpoort.

—Precisamente el tiempo suficiente para que el evento esté bien en marcha al llegar — pensó.

Entró en el parque y se encaminó hacia el espacio indicado en el anuncio sobre el evento. Los cisnes y los gansos en los estanques se agitaban y le echaban feos graznidos mientras pasaba como si le estuvieran echando reproches. Caminó hasta que entrevió a lo lejos el grupo de alumnos que estaba parado en círculo. Cuando se acercó más, vio como cada uno tenía una pequeña tarjeta en la mano, y a un profesor del colegio que les estaba explicando cómo debían llevar en ella la cuenta de las varias especies de abeja que se notarían durante el censo. Cuando llegó a unos quince metros del grupo, una de las alumnas se dio cuenta de la ballena que se acercaba. Se volvió hacia sus compañeras y dijo con sorna y en voz alta para que Beti también la oyera,

—¡Miren, ahí viene nuestra querida amiga Aletita!

Las tres alumnas al lado de la primera miraron a Beti y se echaron a reír. Una de ellas le saludó con la mano, gritando de manera coqueta:

—¡Hola, Aletita! ¿Acaso el acuario está cerrado hoy?

Las cuatro chicas se rieron a carcajadas. Ahora estaba la mirada de todos los participantes, el profesor incluido, fijada en Beti. La ballena indignada comprendía que no era el momento apropiado para contestar con los improperios que tenía en la punta de la lengua. Entonces se detuvo, irguiéndose, y asumió una actitud resoluta. Levantó las dos pancartas que llevaba y empezó a gritar uno de sus eslóganes, una y otra vez:

—¡Menos insectos, menos mall! ¡Menos insectos, menos mall! ¡Menos insectos, menos mall! ¡Menos insectos, me...

Pero desde detrás de ella había alguien que se acercaba al grupo, alguien que llegaba tarde al evento.

— ¿Beti? —preguntó una voz baja y melosa. Beti se paró antes de terminar la palabra final del eslogan—. Nunca pensé encontrarte en un evento ambientalista.

Y enfrente de ella se encontraba Robbie, con su adorable cara pecosa, sus brillantes ojos castaños y su rubio cabello ondulado. Robbie, el único ser humano en todo el mundo al que jamás podría querer.

— ¿Robbie? —murmuró boquiabierta.

La actitud de la ballena se aflojó, su corazón se ablandó. El muchacho echó un vistazo a la pancarta bajo su aleta y dijo:

— ¿Una pancarta antiambientalista? ¡Pero qué chica más rara eres, Beti!

— Date prisa, muchacho, y no le hagas caso. Has llegado muy tarde —era la voz del profesor—. Que ya estoy explicando cómo usar las tarjetas, y vamos a comenzar con la cuenta muy pronto.

En ese momento Robbie perdió todo su interés por la joven manifestante y se apresuró para juntarse al grupo de alumnos y tomar la tarjeta que le ofrecía el profesor. La mirada de la pequeña ballena lo siguió, pero la imagen de los hombros cuadrados del joven y el perfil de su peinado perfecto se volvieron más y más borrosos a medida que a los ojos de la ballena paralizada le brotaban las lágrimas.

Pero a Beti no se le otorgó el tiempo de reflexionar sobre el dolor profundo que sentía en ese momento, al igual que el profesor nunca obtuvo la oportunidad de terminar su explicación del procedimiento del censo de las abejas, porque en ese momento dos alumnos notaron algo raro en el cielo y gritaron como al unísono:

— ¡Miren al cielo! ¡Miren!

Todos obedecieron a esa orden y observaron una nube negra que se acercaba, acompañada de un insólito zumbido bajo que se hacía cada vez más fuerte.

— ¡Si son abejas!—gritó una de las muchachas—. ¡Es un enjambre de abejas! ¡Corran!

Las otras alumnas chillaron y todos los presentes en el terreno se precipitaron a correr hacia todos lados: los alumnos, el profesor, las madres con sus cochecitos de niño, los empleados que venían al parque el fin de semana para pasear a sus perros e incluso las abuelitas turcas acompañadas de sus nietos. Todos menos Beti, que se quedó ahí sin moverse, su mirada fijada en el cielo mientras el enjambre se acercaba.

Los furiosos insectos no tardaron en llegar. Beti recibió las primeras picaduras con estoicismo, pero como las abejas no cesaron con su ataque, llegó el momento en que el pobre mamífero acuático sucumbió al dolor y se cayó al suelo. Desde el momento en que le habían atacado los ojos la pequeña ballena ya no veía, y el fuerte olor almizclado que desprendían los autófilos zumbantes que le volaban encima del espiráculo le dificultaban la respiración.

El día siguiente el diario *Het Parool* ponía en primera plana la foto del joven cetáceo muerto, tumbado al suelo, con la piel hinchada por las innumerables picaduras que había sufrido. Todavía llevaba su pancarta bajo la aleta derecha: «Las abejas pican -Monsanto no». En la noticia que acompañaba la imagen, el doctor Hans Vlasman, profesor de entomología en la Vrije Universiteit de Ámsterdam, explicaba que los casos en que abejas provenientes de numerosas colmenas se reunían, volando una distancia importante para lanzar un ataque no provocado, son extremadamente poco frecuentes y que su causa sigue siendo desconocida.

## Ida y vuelta

M.P. GRUIZINGA

—Avanza, hijo mío —dice la voz de San Pedro desde el fondo del túnel—. Avanza que hay una cola de almas detrás de ti.

—¿San P? —lo reconoce Tiberio al llegar—, ¿qué pasó? ¿Qué hago aquí?.

—Acabas de llegar, Matasca. Estás de vuelta —responde San Pedro—. Bienvenido a casa, hijo ¿no has recuperado la memoria cósmica todavía? *«¿Ve Usted lo que yo estoy viendo Jefazo? ¡Sigue igual de melenudo! ¿No se le quitará nunca?»*.

—Lo recuerdo a Usted y recuerdo mi manera abrupta de salir —responde Tiberio.

—Has estado allá treinta y cinco años —le dice San Pedro—, y estamos aquí para conversar sobre tu experiencia humana. No sé. ¿Aprendiste algo? —le pregunta—, ¿Te sirvió?... ¿Te ayudó en tu camino hacia la luz infinita? Cuéntame, hijo— lo anima San Pedro—, ¿por qué comías matasca religiosamente cada lunes?...ejem —aclara la garganta San Pedro—, olvida ésta última pregunta, hijo. No tiene importancia. *«Mil perdones, Jefazo. Sí. Eso. No debo preguntar trivialidades»*.

—Lo que no entiendo es por qué salí así de un momento a otro —dice Tiberio en tono de protesta—. Quisiera saber en qué registro kármico dice que yo tenía que terminar mi ciclo terrestre a los treinta y cinco años y de manera tan sorpresiva estando a punto yo de... de... ¿de qué? —concluye Tiberio resignado.

—Sí, es verdad, eso fue una pena —responde San Pedro—. Hubieses podido aprender más con la experiencia de la paternidad. En fin, Matasca, hijo —lo tranquiliza San Pedro—, lo de tu salida abrupta lo puedes conversar con el Siete Rollos —le explica—, que es el que se ocupa de los asuntos de las deudas kármicas y los archivos astrales.

—¿Paternidad?... ¡Ah! Claro, yo iba a ser... ¿Siete Rollos? —recuerda de pronto Tiberio—, ¿el mismo que encarnó para darle a los humanos las primeras diez reglas de comportamiento? —Pregunta Tiberio.

—Así es —responde San Pedro—. *«Sí Jefazo, ya está recordando!»*. Siete Rollos dirige y administra los reglamentos desde aquella vez. Solo que ahora no están tallados en tablas de piedra —aclara San Pedro en tono ligeramente sarcástico—. Lo que sí sé es que igual tenías que salir —sigue explicando San Pedro—. El Jefazo me habló de un acuerdo secreto entre tú y él: te quedarías treinta y cinco años terrestres transmitiéndoles luz y aportando acciones positivas para el buen karma del planeta. Cuéntame —lo anima San Pedro— ¿Crees que les has aportado algo positivo?, ¿los has ayudado en su camino hacia la liberación cósmico-espiritual-lumínica?, ¿y qué tal el concierto de los Whitesnake?... cof, cof —tose San Pedro—, olvida esa pregunta, hijo. *«Sí, sí, Jefazo. No, no era mi intención. Eso. No debo preguntar nimiedades. Amén. Jefazo»*.

—¿Concierto?... —piensa, trata de recordar Tiberio—. ¡Ah... Ese! ¡Sí! Estuvo macanudo. Los humanos pueden ser lentos para aprender pero saben pasarla bien. Una pena que en sus

tiempos de humano no hubiera nada de conciertos ¿no San P? Aunque igual Usted no hubiese tenido el tiempo, andaba con el HiperFlaco de aquí para allá.

—Olvídate de la música, Matasca —lo corta San Pedro—. Háblame de tu experiencia allá abajo, tus aportes positivos, tu contribución al karma evolutivo del planeta. Tú sabes a qué me refiero.

—Sí. Ya voy recordando —admite Tiberio algo cabizbajo—. Fue una experiencia bastante dura al principio. Treinta y cinco años parecen poco, tal vez sean un simple exhalar para el Jefazo, pero allá abajo pueden ser una eternidad cuando se pierde el contacto con el Yo Superior —explica Tiberio—. ¡Esos humanos son terribles! Les tuve una paciencia que ni Usted cuando andaba de apóstol del HiperFlaco.

—Esa memoria cósmica va mejorando, ¿no? —replica San Pedro—, en mis tiempos, Matasca, la consciencia humana estaba más verde que planeta gaseoso. Mejor ni comparemos, hijo mío. Además en tu caso hubo un tiempo en el que despreciabas a tus congéneres —añade San Pedro en tono de reprimenda—. Te tuvimos en observación constante. Andabas, como ellos lo llaman, ‘deprimido’. El HiperFlaco venía a verte a cada rato. Cuando encarnaste él y la Sweetheart habían hecho apuestas sobre cuánto durarías. Él había dicho que no pasabas de los 33 como él, la Sweetheart apostó que durarías noventa como ella. ¡El susto que nos dimos todos cuando a los diecisiete años terrestres estuviste a punto de tirar la aureola, Matasca! Querías huir de la manera menos apropiada... ¿cómo lo llaman ellos?

—Suicidio... —responde Tiberio en tono afligido—. Bebiendo un litro de champú para cabello graso mezclado con somníferos. Todavía recuerdo el sabor.

—Te libraste por un segundo divino —le cuenta San Pedro—, y porque el Jefazo lo había previsto, claro. «*Gracias a Usted que todo lo ve Jefazo. Bendita su intervención*». Si lo lograbas te hubieras metido en un lío astronómico con la Comisión Kármica que ni el Siete Rollos, ni el mismo Jefazo te habrían podido salvar. Habrías tenido que regresar como mosca de fruta.

—Sí... Lo sé —responde Tiberio—. Fue por esa bendita experiencia que ellos llaman secundaria. La etapa de adolescente terrestre fue de lo más dura desde la perspectiva humana. Perdí contacto total con mi esencia divina. Lo que me costó como humano superar todas las burlas sobre mi pelo, el desprecio, la inclemencia humana...

—La Sweetheart y yo tuvimos que pasarte un memorándum después del incidente —le explica San Pedro—, debíamos recordarte que la única manera de salir de ahí era cumplir el acuerdo hasta el final. El Jefazo nos advirtió que debíamos enviarte el memo en un sueño. Ya no estamos para arbustos ardientes, como comprenderás, y la Sweetheart está hasta la aureola de aparecerse en la tierra por los nombres que le dan allá abajo.

—¿Como el de la ‘Virgen del perpetuo Socorro’? —Añade Tiberio en tono burlón.

—O como el de “Nuestra Señora del Vientre Bienaventurado” —le responde San Pedro en tono divertido—. ¡Qué pasada!...ejem... —aclara la garganta San Pedro en un intento por regresar a la conversación seria—. «*Dispense, Jefazo. Ya. No, no me distraigo más con bromitas*»... Volvamos al tema, Matasca: tu intento de suicidio, los problemas que diste aquí arriba y luego lo que costó hacerte recordar el sueño con tanto somnífero que te habías metido —le sigue contando San Pedro—. ¡Tuvimos que solicitar la ayuda de un par de querubines! ¡Con lo ocupados que andan cuidado humanos! Felizmente hubo dos voluntarios.

—¿Ah sí? —Responde sorprendido Tiberio— ¿Quiénes?

—Rafaelito y Adriano —le repite San P—, te persiguieron durante tres días terrestres, ¿no los notaste en ninguna forma Matasca?

—No me suenan —dice Tiberio—, ¿los conozco?

—El Toffee y el Tirilín —replica San Pedro.

—¡No! —responde Tiberio con asombro complacido—, ¡pero si son mis almas gemelas desde hace eternidades! —recuerda— ¡Hemos recorrido muchos universos juntos y tenido muchas aventuras cósmicas!

—Mataperradas estelares dirás —replica San Pedro con cierta ironía—. El punto es que diste trabajo, Matasca. *«No, si no lo estoy reprendiendo, Jefazo...; Pero si Usted también lo llama Matasca!»*. Llegamos a infringir un par de reglas kármicas para echarle un cable, hasta el Jefazo intervino y tú... *«Ya, Jefazo, no le digo más, le dejo a Usted las partes difíci... ¿Está Ud. escuchando Whitesnake?»*.

—No, si no me estoy excusando —responde Tiberio—. A esa corta edad estaba completamente identificado con mi parte humana y me sentía un fracaso. Pero lo sobreviví y superé bien, ¿no? Y los años posteriores me adapté estupendamente. Hasta hice amigos terrestres, hice una carrera, me casé, iba atener un bebé... Tenía grandes planes para ser el mejor padre-guía-completo-para-una-existencia-humana-sin-percances-lamentables —añade Tiberio en tono algo tristón—. Llevaría a mi hijo a un concierto de Whitesnake cuando fuese grande, le enseñaría a tocar la guitarra de aire como mi padre ¡me enseñó a mi antes de desencarnar. Pero lo dejé solo como me dejaron a mí de pequeño...

—Nadie está solo, hijo —lo consuela San Pedro—, tampoco hay fallos ni victorias. Solo experiencia y consciencia de vida. Ya estás de vuelta. *«Ya, Jefazo, enseguida se lo mando»*. El Jefazo quiere verte ahora y te hará exactamente las mismas preguntas. Después el Toffee, el HiperFlaco, la Sweetheart y el Tirilín te han preparado una fiesta de bienvenida en la cuarta dimensión de Próxima Centauri. Se van a disfrazar de los Whitesnake y te han preparado una ilusión de matasca. *«Por fin voy a probarla. ¡Uy, Jefazo! ¿Seguía Usted ahí? ¿Usted ya la probó?»*. Todos están muy contentos con tu regreso, hasta se hicieron unas pelucas gaseosas para imitar a los músicos de la banda, el HiperFlaco será el cantante. Y bueno, ya basta de charlas. Ahora vete, que hay otras almas llegando y tengo que darles la bienvenida y ayudarlas en el proceso de transición.

—Bueno, San Pedro —responde Tiberio—, entonces me voy teletransportando a la oficina del Jefazo. También tengo deseos estelares de ver al HiperFlaco y a los demás antes de volver... Porque Usted sabe que voy a volver, ¿no? Voy a acompañar a mi hijo terrestre de una forma u otra en su paso por la vida humana. No estará solo.

—Sí. Tiberio. Ya lo sé —responde San Pedro con un tono de resignación—. Nos vemos en tu fiesta, hijo. Que la luz del Jefazo omnipotente sea contigo.

«Lo dicho, Jefazo. ¿Que ya tiene Usted todo preparado? ¿Una vecina de la viuda? ¿Con un marinero al que nunca más volverá a ver? ¿La madre estará escuchando “Here I go again” durante las contracciones? ¿Se llamará Máximo pero le dirán Frejolito? ¿Serán los mejores amigos desde muy niños? ¡No! ¿El niño que dejó en la tierra era su padre que había reencarnado para acompañarlo?... ¿Y formarán juntos una banda llamada “Whitesnake Forever”? ¿Comerán frejoles religiosamente cada lunes juntos? ¿Yo? Por supuesto que no le diré nada, qué ocurrencia Jefazo... ¿Ah?... ¿Cómo que nos vemos en Próxima Centauri?... »

## S i n t i ( e n d o )

LYDIA KRUL

Hoy es un buen día  
porque hoy ya no deseo tocar tu pelo

Hoy es un buen día  
porque hoy oír tu voz ya no me distrae

Hoy es un buen día  
porque hoy verte sonreír ya no me sube el alma

Hoy es un buen día  
porque hoy al oler tu perfume ya no siento nostalgia

Hoy es un buen día  
porque hoy el sabor de una lagrima de felicidad es lo que me inspiró a escribir este poema

Hoy es un buen día  
porque hoy creo que incluso los sueños más salvajes podrían convertirse en realidad

Hoy es un buen día  
porque hoy sé que algún día volveré a enamorarme

Tal vez mañana...

# burbujas

cuentos hacia el Reloj del Dom